

XIV. Presión política

Estamos desarrollando una conciencia política importantísima para la solución de nuestros problemas, para el crecimiento y la buena marcha del país. Antes, no nos importaba quién iba a ser el diputado de nuestro distrito, acaso, nos enterábamos a quien habían designado como candidato a gobernador por el PRI. Cuando se "destapaba" al candidato presidencial, la gente sólo opinaba si le caía bien, si era guapo o atractivo, pero nunca como ahora se aboca el pueblo a analizar a fondo sus cualidades como estadista o profesionista. Antiguamente se decía que la economía de los países es un asunto tan delicado y difícil de manejar que era peligroso dejarla en manos de los economistas; de inmediato recordamos el viejo chiste de que el primer oficio del mundo no fue la prostitución, sino la economía, pues en la primera frase de la Biblia se apunta que "al principio todo era caos", y allí estaban ellos moviendo todo.

Contaba un nieto de Federico Sánchez Fogarty, el del tercer imperio mexicano, que a todos los presidentes de México se les debería exigir que, cuando menos seis años antes de ser presidentes, entraran a la iniciativa privada a hacer inversiones con su propio dinero. Así, tendrían una conciencia y una experiencia que les permitiría manejar el presupuesto de la nación con rigor y disciplina. Lo mencionaba a raíz de que don Luis hizo inversiones en Cuernavaca, en donde compró muchos fraccionamientos, una vieja fábrica de cemento y un casco de hacienda para construir un campo de golf; además, compró Sumiya, la casa y los terrenos de Bárbara Hutton en Jiutepec. Cometió muchos errores, lo engañó mucha gente y, al fin, don Luis aprendió,

después de gastar miles de millones de pesos, que no es lo mismo gastar los dineros del pueblo que gastar el dinero propio.

Las cosas han cambiado; con nuestros próximos gobernantes quedará demostrada la necesidad de que los presidentes sepan lo que están haciendo, estudien a fondo los problemas económicos por los que atraviesa el pueblo que va a gobernar y desde luego es conveniente que hayan surgido de la iniciativa privada, como Berlusconi, en donde hayan aprendido a saber lo que es canela en materia de administración de los dineros propios, que no tenga necesidad de robar y sobre todo que no tengan compromisos.

XIV.1. Presidente de tamaños

Mencionamos anteriormente a la monarquía perfecta como sistema único para resolver los problemas del turismo en México porque todas, absolutamente todas las soluciones para llegar a nuestra meta de turismo feliz están en manos del presidente de México, gracias a ese acertado sistema. Así como en regímenes anteriores se metió en cintura a los líderes de Pemex y de la educación y consiguió orientar hacia cada uno de los estados las gestiones educativas de primaria y secundaria, deslindando de responsabilidades y problemas al sindicato, bajo el muy eficiente lema de "divide y vencerás"; y así como ha conseguido, lo cual parecía imposible, que los inversionistas extranjeros colocaran su dinero en miles de nuevos proyectos. Gracias a la confianza; en la misma forma, nuestro sistema monárquico podrá resolver muchos otros problemas, principalmente el de la educación a nivel popular. Sólo con la mano de hierro de un monarca absoluto se logrará el milagro de la educación total y racional para los mexicanos. La educación es el drama agobiante que no permite el progreso de México; tiene muchas raíces. Analizaremos algunas:

Falta de homogeneidad de las razas y etnias que existen en todo el país, la cual no nos permite amalgamar en una sola identidad a todos los mexicanos, empezando porque existen cientos de idiomas y dia-

lectos repartidos en todo el territorio que se hablan, además del español.

Falta de presupuesto, pues a pesar de que el gobierno gasta 70 por ciento de sus ingresos en este concepto, no es, ni con mucho, suficiente. Para dar una idea, hablemos de los sueldos de los maestros. ¿Cómo podemos tener un nivel de educación más o menos razonable si un maestro mexicano gana diez veces menos que cualquier profesor en Estados Unidos o en Europa? Y lo mismo se observa en los gastos de instalación de escuelas y equipo. En la actualidad, en los países primermundistas todas, o casi todas las escuelas cuentan con el equipo didáctico y de cómputo más moderno, a fin de interesar a los alumnos en las nuevas tecnologías educativas. En México, casi no existe este tipo de escuelas. Deserción en los primeros años de la escuela primaria, debido a dos motivos: primero, falta de interés en el alumno por aprender, por lo cual abandona la escuela para vagar con sus amigos, cayendo en vicios propios de la vagancia o en la drogadicción; y segundo, en los hogares no existen suficientes ingresos para satisfacer las necesidades más elementales de la familia, obligándolos a trabajar ya sea como peones o labriegos. La solución a todos los problemas está, en principio, en una decisión férrea de nuestro presidente para meter en cintura a funcionarios, sindicatos, maestros y padres de familia y en tener un presupuesto mucho mayor que el actual. Si queremos un millón de maestros con sueldos similares al promedio en Estados Unidos —treinta mil dólares anuales—, deberemos contar con un presupuesto adicional de veinticinco mil millones de dólares. Necesitaremos, además, una inversión igual en equipo y personal calificado para supervisar los trabajos, a través de una Secretaría de Educación eficiente y productiva. ¿De dónde vamos a obtener estos cincuenta mil millones extra de dólares? Muy sencillo, de ingresos adicionales a los que ya recibimos por conceptos tradicionales y conocidos; es decir, podemos conseguirlos de ingresos que no generen gastos de recursos naturales ni signifiquen compromisos de inversión extranjera, los cuales sólo podrán ser los derivados de la

industria turística nacional a base de lo que denominamos "turismo feliz".

Sólo un presidente con muchas agallas y, en un futuro próximo, sus sucesores, podrán realizar el milagro del cambio, que tendrá que empezar por la familia. No se puede dejar toda la tarea de la educación a los maestros y al gobierno; tiene que empezar por el núcleo familiar, en donde los padres, convencidos de que la única salida que tenemos es la de ser bien educados, inicien el gran cambio desde el hogar. Es tarea del presidente convencer —a través de grandes campañas de radio, televisión, prensa y revistas de orientación familiar— a los padres de familia para que inicien un movimiento desde el hogar, colaborando con maestros y asociaciones en el análisis de los problemas y en el mejoramiento del sistema. Para lograr esta comunicación se requerirán mejores medios, y es aquí en donde otros renglones del presupuesto son de urgencia absoluta: señales de radio y televisión a todos los rincones de nuestro país, un mejor sistema de caminos vecinales, carreteras y supercarreteras que constituirán las arterias y las venas que proporcionarán la irrigación de la cultura y los deseos de superación en todos nuestros sectores. El burgués mestizo, como dijo don Justo Sierra, será la única salida a nuestros problemas étnicos, lo cual sólo puede ocurrir con un gran cambio en nuestras ideas y costumbres. Hay que convertir a los indígenas que se han conservado puros y que están actualmente marginados por nuestra actual civilización en auténticos mexicanos, en campesinos productores y participantes del auge económico, que necesariamente vendrá al unirnos en el camino del éxito.

Es el presidente quien puede resolver el grave problema de los mexicanos autóctonos, puros de sangre, pobladores originales de este país, denominados "indios" por error —Colón, hasta el día de su muerte, siguió creyendo que había descubierto las Indias— para que en lugar de que se les discrimine, esclavice y relegue a trabajos humillantes y de tercera se les convierta, a base de educación y ejemplo, en auténticos generadores de productos de exportación que sólo con su

mano de obra y habilidad maravillosa se pueden conseguir. Es necesario integrarlos al progreso nacional para que sus hijos y nietos puedan pertenecer algún día a la incipiente, pero muy fuertemente arraigada, burguesía mexicana en donde ya no importa tanto el color o el origen hispánico o europeo sino el nivel socioeconómico cultural y los hábitos de higiene y limpieza que ostentan y detentan. En otras palabras, el día que desaparezcan los famosos "nacos", México dará el gran paso hacia adelante. Esta palabra, usada durante muchos años en el argot popular para describir a alguien poco educado, de quien se decía era un "nacastoche" cualquiera, debe de tener sus orígenes en la época de la Colonia; con ella describían a alguien que, teniendo origen y sangre indígena, se quería colar a base de ingenio o de fortuna en la sociedad de los herederos de los conquistadores, denominados criollos, que presumían de tener sangre hispana o europea.

Duele tener que aceptarlo, pero es la realidad: necesitamos resolver el problema de la educación total del pueblo mexicano, desde los lacandones y los tarahumaras más puros hasta los güeros de ojos claros, pasando por toda la gama de colores intermedios hasta los negros de Oaxaca, Guerrero, Tabasco y Veracruz y no como lo proponía Labastida en su slogan de campaña de dar una computadora y enseñar inglés a los inditos, propuesta que el ingenio popular ridiculizó con el chiste de que lo primero que escribió este niño indígena cuando la adquirió y aprendió inglés fue "I AM HUNGRY". Lo anterior nos dice claramente que el clamor de todo el pueblo de México es que la solución sea en todos sentidos para resolver los problemas de nuestra gigantesca población precarista. PRIMERO PAN, LUEGO JABÓN Y AL FINAL LA LETRA QUE ENTRARÁ SOLA.

México es un país con discriminación racial subterránea, sutil y original, ejercitada y propiciada por los mismos que forman parte de la denominada "raza". Basta observar a un policía que, por sus rasgos y color se puede clasificar como un individuo de sangre prácticamente pura, sin contaminación de sangre europea; resulta ser el peor discriminador y rudo juez cuando encuentra a humildes "marías" o

"juanes", pobres jornaleros que emigran a las ciudades en busca de algún trabajo mejor remunerado que los inútiles esfuerzos para sacar provecho a su parcela de tierra ejidal de temporal en su lugar de origen. Lo primero que hace nuestro buen guardián del orden es acusarlos de vagos y rateros y, después de quitarles el dinero que traen amarrado en sus pañuelos, costumbre prehispánica conservada hasta nuestros días —pues ni los vestidos ni los calzones de aquellos tiempos tenían bolsas para guardar cosas—, los amenaza con llevarlos presos para, por fin, dejarlos no sin antes haberles dicho, para colmo e ironía de nuestro sistema discriminatorio mexicano, "pinches indios mugrosos".

En Estados Unidos, los pobres negros se defienden de los blancos, llamándose "hermanos" entre sí; en México, la discriminación es mucho más sencilla de resolver que en Estados Unidos, pues allá se inicia de arriba hacia abajo y entre nosotros, de abajo hacia arriba. Aquí no es necesario sacar a nadie de un lugar lujoso; quienes, por su educación o sus ropas, se consideran de abajo, ni siquiera se atreven a acercarse a esos lugares, pero saben que si trabajan y ganan dinero para vestir correctamente y a la moda, algún día podrán ir a esos lugares. El mexicano de clase baja es muy discreto y consciente de su posición; nunca se pasa de la raya porque siente inmediatamente el rigor o el frío del desprecio, él mismo se margina y se pone en su lugar; sin embargo, eso no significa que no desee alcanzar una mejor posición.

México es el único lugar del mundo en donde un auténtico indio de la sierra de Oaxaca puede ascender desde alumno del seminario hasta presidente de la república, pasando por puestos intermedios, en donde, gracias a su inteligencia, fue aceptado no sólo por la sociedad, sino también por una mujer blanca de la más rancia aristocracia, la cual lo aceptó sin miramientos. Lo mismo le sucedió a don Porfirio y a muchos generales de la Revolución, entre otros, al general Amaro, quien cuando se robó a una muchacha güerita de sociedad, todavía usaba un arete en la oreja, como auténtico indio de la sierra yaqui.

Aquí no existe más discriminación que la de la educación, la higiene, la cultura y el nivel socioeconómico, malamente representado por la ropa que alguien vista; cualquiera, sin importar su lugar de origen, el color y lo lampiño de su piel, la configuración de sus pómulos o lo rasgado de sus ojos, puede ascender en el escalafón social, sin más límite que las metas que su ambición le trace. Este puede ser un factor muy importante para encontrar una salida: todo es cuestión de educación, pero no se puede esperar que en seis años se haga lo que no se ha podido hacer en quinientos. Es ahora cuando se están trazando planes para resolver a fondo los problemas que nos han agobiado desde la conquista de Tenochtitlan; paso a paso se aplican medidas, pero tomará años, y muchos millones de dólares, lograrlo. Existen muchas otras soluciones a corto plazo para mejorar los niveles de educación, cultura e higiene de nuestros compatriotas desamparados. Como ya se dijo, es vital que exista electricidad hasta en los más remotos poblados para llevar programas educativos, amenos y ejemplares, a través de la radio y la televisión. Se necesita presupuesto y algo, o mucho, de imaginación e ingenio en los productores de esos programas que a decir verdad, son aburridísimos para todo el mundo en general, y para quienes quieren aprender, en particular. Hay que eliminar toda intervención de tipo socialista o izquierdista, de "rojos" infiltrados en nuestros medios de comunicación educativa; (como es el caso de Oaxaca) y analizar a profundidad la psicología del público al cual van orientados; llamar, primero, su atención, divertirlos y, en forma casi subliminal, llevarlos poco a poco a los caminos de la educación y de la cultura general. Además, es necesario ofrecer a precio de costo, o bien subsidiados, los aparatos receptores, y computadoras para que los residentes de las zonas marginadas puedan adquirirlos a plazos.

Hace algunos años, la Comisión Federal de Electricidad tenía un proyecto para repartir, a bajo costo, miles y miles de aparatos de radio y televisión para fomentar el consumo eléctrico en zonas marginadas. Cuando don Pepe llegó a la Comisión, en forma inexplicable se can-

celó ese programa, que de haber continuado, habría ocurrido lo que con el burro que tocó la flauta: al querer fomentar el consumo eléctrico se hubiera obtenido educación popular a costos gubernamentales bajísimos. Si alguien con imaginación hubiera sido presidente en ese entonces, se habría dado cuenta del impacto educativo y cultural que significa el hecho de que millones de mexicanos de escasos recursos pudieran tener acceso, aunque fuera subsidiado, a imágenes e información que sólo la radio y la televisión proporcionan.

Nunca es demasiado tarde, el programa se puede llevar a cabo, con mejor tecnología de antenas parabólicas y retransmisores para cada pueblo o región; aparatos receptores más compactos, más baratos y con mejor recepción que hace dos décadas; millones de mexicanos se integrarían a un proceso de educación que los llevaría, paulatinamente, a la cultura, a la higiene y al progreso. Desde luego, se requiere mano dura para impedir que este proyecto se convierta en el *modus vivendi* de organizadores de corruptelas y negocios sucios alrededor de los millones de dólares que significaría al erario ponerlo en marcha con eficiencia. De otro modo, puede prestarse a que los fabricantes de antenas parabólicas, sistemas de cableado o de receptores se pongan de acuerdo con los funcionarios encargados para la distribución, y en lugar de ofrecer gran calidad y mejor precio para el público de escasos recursos, disminuyan la calidad para ofrecer incentivos en el otorgamiento de contratos.

Y volvemos a lo mismo, la salvación de México consiste en tener un presidente honrado con mano de hierro que acabe con la corrupción, consciente de que, para ofrecer a los turistas extranjeros un México más limpio, más sano y más ordenado, la única salida es la educación, la higiene y la limpieza, con lo que se daría el fenómeno de "turismo feliz".